HumiLitas | SCALABRINIANAS
PROVINCIA MARÍA, MADRE DE LOS MIGRANTES

Fiesta de San Carlos Borromeo

Queridas hermanas, formandas, laicos misioneros scalabrinianos y colaboradores
Provincia María, Madre de los Migrantes — São Paulo, SP

Al celebrar la fiesta de San Carlos Borromeo, estamos llamadas y llamados a intensificar nuestra devoción a este gran santo de la Iglesia y patrono de las congregaciones de las Hermanas y de los Padres Scalabrinianos. Reflexionar sobre San Carlos, hombre que solo encontraba descanso en las cosas de Dios, el «Gigante de Milán», con tanta influencia sobre príncipes, obispos y santos, no significa únicamente reflexionar sobre un período histórico y su labor en la Iglesia y en la sociedad, sino encontrar en su ejemplo la inspiración y la renovación del don de la vocación, así como las fuerzas para la misión.



San Carlos nos enseña que el don de la vocación, el llamado a un estado de vida sacerdotal, religioso o laical, no consiste solamente en vivir en un lugar donde habita el silencio, sino también en medio del ruido del servicio incansable al prójimo.

Aunque fue nombrado cardenal y arzobispo de Milán siendo todavía muy joven, por medio de su tío, el papa Pío IV, no se dejó seducir por la «corte eclesiástica». Su verdadera conversión ocurrió en el silencio del corazón, cuando decidió que no bastaba con tener el título de pastor, sino que era necesario sentir el «olor de las ovejas» y estar cerca de cada una de ellas.

La admirable laboriosidad de San Carlos estuvo marcada por una gran valentía y fortaleza. Dotado de extraordinarias cualidades humanas, las perfeccionó bajo la acción de la gracia divina. En una época en que la Iglesia enfrentaba profundas crisis morales y religiosas, fue uno de los grandes impulsores del Concilio de Trento y un gran reformador de la Iglesia, aportando orden, formación y organización para su renovación. Más allá de sus acciones, el gran secreto de su éxito fue la santidad.

Cuando la gran peste azotó la ciudad de Milán, en 1576, mientras las autoridades civiles huían, San Carlos permaneció en sus calles; su santidad se hizo visible y su caridad fue heroica. No solo organizó hospitales y asistencia para las personas contagiadas, sino que fue personalmente al encuentro de los enfermos. Les ofrecía no solo pan, sopa y medicinas, sino también el consuelo espiritual que nadie más se atrevía a llevarles. Intensificó las oraciones y las devociones públicas y promovió procesiones especiales de penitencia, en las que participó descalzo, con una gruesa cuerda al cuello y cargando un pesado crucifijo, suplicando a Dios por el fin de la peste. Además, fueron innumerables las instituciones de caridad que fundó.

Ardiendo de amor por Cristo y por la Iglesia, la espléndida figura de San Carlos se consumió como una vela en el altar. Un cardenal, después de visitarlo, declaró: «He visto a un santo vivo». Entre el pueblo, aquella reliquia viva de héroe y de santo gozaba de una extraordinaria popularidad, y su muerte llevó dolor a cada familia y a cada corazón. Todo Milán, el clero y el pueblo, grandes y humildes, lo amaban como a su mayor benefactor y lo veneraban como a un santo. Murió a los 46 años, agotado por sus fatigas apostólicas. En aquella noche inolvidable, el 3 de noviembre de 1584, se repetía en Milán el doloroso grito: «Ha muerto el arzobispo». Después de su muerte, principalmente en el mundo católico, su nombre llegó a ser tan célebre como el de los mayores genios del mundo.

Al contemplar la figura de San Carlos, resplandeciente de vida y santidad, encontramos el ejemplo de una vida activa, alternada con largos momentos de silencio y oración. Dio testimonio de que la reforma de uno mismo es el primer peldaño en el camino de la santidad. Que su ejemplo quede grabado en nuestros corazones y nos impulse a asumir nuestra vocación como don y compromiso, siendo canales de renovación y esperanza en un mundo que tanto necesita pastores entregados y corazones generosos en el amor al prójimo.

Suplicamos a San Carlos que interceda ante Dios por nuestros jóvenes y despierte en ellos el deseo de seguir a Jesucristo y entregar su vida por amor a los más vulnerables.



Hna. Marizete Garbin, mscs
En nombre de la Superiora Provincial,
Hna. Alda Mônica Malvessi,
las consejeras provinciales y
las hermanas de la PMMM